



**Coloquios darianos con Menéndez y Pelayo.
(La renovación de los coloquios con Menéndez y Pelayo en el
marco de *España contemporánea* -1898-1900)**

Marcela Zanin

Universidad Nacional de Rosario

mzanin@copca.com.ar

Resumen

El trabajo aborda la mirada de Rubén Darío respecto de la cultura española contemporánea a través del homenaje a la figura de Menéndez y Pelayo; describe el modo en que desde sus crónicas el poeta define una posición *americana cosmopolita* en el cauce de la hispanidad.

Palabras clave: hispanidad – americanismo – cosmopolitismo – maestro – coloquio –homenaje- estrategia

*Y tuvimos que ser entonces poliglotos y cosmopolitas
y nos comenzó a venir un rayo de luz de todos los
pueblos del mundo*

Según el artículo que Emilia Pardo Bazán escribe en *La ilustración artística* -1901- sobre las crónicas reunidas en *España contemporánea* (*–España contemporánea. Crónicas y retratos literarios*, primera edición de París, Garnier, 1901; crónicas escritas desde el 3 de diciembre de 1898 al 7 de abril de 1900-), el texto posee unidad, la otorgada por la narración de un viaje que recoge las impresiones recibidas en el camino de una mirada anclada en el arte, que no deja de atender, fundamentalmente, al estado de la letras; lo que hace del libro un documento de excepcional interés en el cual el autor americano despliega su justa palabra para *recrear, advertir y enseñar* sobre un estado de cosas.

El estado de las cosas (las de las letras, las del arte) en la España posterior a la derrota de 1898.



Rubén Darío había sido enviado como corresponsal de *La Nación* para cubrir el panorama del país de la postguerra, y el resultado de aquella experiencia es el relato ordenado en este conjunto que revisa el pasado, con el fin de advertir y enseñar, como bien señala Pardo Bazán, sobre los caminos del futuro.

Diagnóstico, evaluación y prospección animan, entonces, un desarrollo que puede leerse como la posición estratégica de quien intenta construir una postura conciliadora (la de la hispanidad), aun si de negociación, y determinante de las diferencias, ante la situación de *débâcle* cultural en que se encuentra la “madre patria”.

Si España está enferma, si se halla en mal estado de salud, si Madrid se queda encerrada “oliendo cosas viejas”, y “hay en la atmósfera una exhalación de organismo descompuesto” (Darío, 1987: 43), si España aparece amputada, doliente, vencida, menoscabada; si la cultura allí no es aluvión, y está filtrada a través de rocas multiseculares¹; si el país está flácido, postrado e inmóvil, si ha perdido el oro del ideal, entonces la palabra de Darío intentará, una vez proferido el diagnóstico, sanar al enfermo. Definirá un recorrido como estrategia para redimir, sin ocultar, la situación de España², y a la vez reformular las conflictivas relaciones de América con aquella. Una estrategia, insisto, conciliadora, que habla de una posición determinada: la del poeta-cronista americano que las emite.

Observemos, entonces, el modo en que el cronista sitúa inicialmente su discurso. Preguntémonos: ¿Cómo entra Darío a España?, ¿Cuál es la manera elegida para la penetración del discurso regenerador de la hispanidad?, ¿Por dónde empieza a reconstruir a la menoscabada España, por dónde para alentarla a lo “nuevo”?

¹ El observador Darío se encuentra con el espectáculo de las amarguras actuales, la decadencia y la ruina, el atraso general del pueblo español, escribe: “... no se ha hecho nada por salir de la secular muralla que ha deformado el cuerpo nacional como el cántaro chino el de un enano; y si se ha dejado *enmohecer la literatura*, si ha habido *estancamiento y retroceso* en el profesorado...” (Darío, 1987: 45); anota el modo en que las figuras de antes están decaídas, o a punto de desaparecer, “y en la generación que se levanta, fuera de un soplo que se siente venir de fuera y que entra por la ventana que se han atrevido a abrir en el castillo feudal unos pocos valerosos” (Idem.); describe cómo en España se desconoce el progreso mental del mundo.

² Beatriz Colombi sostiene: “El relato sufre el desdoblamiento de una mirada retrospectiva que busca las constantes, y otra prospectiva que anuncia el porvenir, diseñando un sujeto a medias nostálgico y a medias profético, aunque siempre, inequívocamente, optimista. La retórica del optimismo da cohesión tonal a las sucesivas entregas y su vehemencia sanadora coincide con el enunciador lírico de “Salutación del optimista” (...) las crónicas de la postguerra transformarán la Hispania de las desgracias en la Hispania fecunda. Pero la operación sólo es posible porque se construye un campo de identidad común entre el viajero y su objeto, “la latina estirpe”. No obstante, la nueva alianza con España en estas notas no supuso una concesión munífica, sino una negociación. La mirada redime pero no oculta. Regenera pero no escamotea la asimetría de la relación, donde la utopía del abrazo alcanza su justo límite” (Colombi, 2004: 124, 125)



A partir de una doble partición, una suerte de matriz puesta a funcionar a lo largo de las crónicas de *España contemporánea*, Darío encuentra la manera de construir el nexo de la conciliación utópica. Si la metáfora preferida para aludir a la cerrazón de España es la de la muralla, la opuesta y complementaria, aquella que indica la posibilidad de su penetración, en pos de la regeneración, será la de la ventana. Murallas, castillos feudales, pero también ventanas y resquicios constituyen el cuerpo arquitectónico de la madre patria a asaltar. Lo cerrado y lo abierto (lo putrefacto y lo fresco; lo caduco y lo nuevo) definen un paradigma de lectura, un eje sobre el cual articular la idea de la reconstrucción, una manera en que el discurso de estas crónicas sobre la España de postguerra se articula como posible. Lo que es en suma, el modo en que Darío legitima su discurso de la hispanidad.

Bosquejar la otra España, reconstruirla, es empezar a diseñar sus contornos por Cataluña. No es casual que la crónica de apertura del libro, la primera en tierra firme, se detenga en el ritmo de independencia, trabajo y fuerza experimentado en Barcelona³; tampoco que la escritura redoble el movimiento y empuje allí observado. El paso del cronista por la ciudad se vuelve nervioso, rápido. La Barcelona cosmopolita y ágil abre una ventana hacia la creación de la nueva España⁴. La ciudad moderna le sirve a Darío para posicionar su discurso. El cronista entra a la España que le es contemporánea por otra atmósfera, la marcada por un “afrancesamiento que detona”, por el lado de lo ya inminente, de lo que está por ser, el futuro posible constituido en la universalidad, (anota Darío: “a la luz universal”).

Situados así, en este recorrido estratégico de Darío, que como decimos, enmarca la posibilidad de un discurso conciliador y sanador, me detendré en el valor que el mismo adquiere el registro del homenaje a Marcelino Menéndez y Pelayo. El valor, en el orden de la postulación del espacio de una cultura común, de la renovación de sus coloquios con aquel viejo modelo intelectual.

³ Anota Darío: “Allí al pasar, notáis algo nuevo, extraño que se impone. Es un fermento que se denuncia inmediato y dominante. Fuera de la energía del alma catalana, fuera de ese tradicional orgullo duro de este país de conquistadores y menestrales, fuera de lo permanente, de lo histórico, *triumfa un viento moderno que trae algo del porvenir*; es la Social que está en el ambiente; es la imposición del fenómeno futuro que se deja ver; es el secreto a voces de la blusa y de la gorra, que todos saben, que todos sienten, que todos comprenden, y que en ninguna parte como aquí resalta de manera tan palpable en magnífico alto relieve.” (Darío, 1987: 34)

⁴ Interpela Darío “Lo que hay es que los que quieran *proclamar la reconstrucción* con toda verdad y claridad han de armarse de todas las armas en esta tierra de las murallas que sabéis. Hay que luchar con la oleada colosal de las preocupaciones, hay que hacer verdaderas *razzias* sociológicas, hay que quitar de sus hornacinas ciertos viejos ídolos perjudiciales, hay que abrir todas las ventanas para que los vientos del mundo barran polvos y telarañas y queden limpias las gloriosas armaduras y los oros de los estandartes, hay que ir por el trabajo y la iniciación en las artes y empresas de la vida moderna hacia ‘otra España’, como dice en un reciente libro un vasco bravísimo y fuerte –el señor Maeztu-; y donde se encuentran diamantes intelectuales como los de Ganivet -¡el pobre suicida!-, Unamuno, Rusiñol y otros pocos, es señal de ahondando más, el yacimiento dará de sí.” (Darío, 1987: 83)



Sabemos de la fuerte impronta que la retórica del homenaje adquiere en la obra de Darío, de las relaciones de simetría, y/o asimetría, que construye para situar su figura de escritor; de los conflictos y negociaciones que desde ella pueden leerse. También de los cambios y modulaciones posibles de ser registrados desde el imaginario del artista decadente de los escritos porteños de 1896 -me refiero sobre todo a *Los raros*, y a la poesía de *Prosas profanas*- a estas crónicas sobre España que hacen factible el pasaje a las figuras de los intelectuales del 98.

El homenaje a Menéndez y Pelayo que se lee en el conjunto de *España contemporánea* es del año 1899 (“Homenaje a Menéndez Pelayo”, 27 de diciembre de 1899); y si bien se trata del comentario sobre un libro que rinde culto al “ilustre polígrafo”, puede pensarse como un homenaje último de quien busca las “cimas” del “alma nacional” española para rescatarlas del derrumbe, como un regalo al modelo de un intelectual respetado pero que ha llegado a su fin, un *presente* que analiza un texto de homenaje al maestro de una época acabada de España para imaginar, luego, en la trama tejida por algunas de las otras crónicas, el futuro con los nuevos poetas jóvenes.

Pero además, desde esta crónica puede especularse la posición de quien reclama, como escritor hispanoamericano, el derecho de realizar el propio homenaje –diferenciado y, como todo homenaje, cargado de reclamo irónico- hacia aquel modelo (caduco) de trabajo intelectual.

Aunque infructuosa la búsqueda dariana en el horizonte español del 98—porque tal como dice sólo halla muertos, enfermos y mudos⁵-, vuelve sobre la figura de Menéndez y Pelayo para hacerse de un interlocutor posible, de una figura “fraternal en su superioridad” que le permita validar una relación simétrica en el orbe simbólico de una cultura común; pero también de un par con quien renovar antiguos coloquios con el fin de disputarle un modelo de interpretación cultural.

Este singular y último homenaje, según decimos, nos lleva, de manera inevitable, a preguntarnos por los primeros coloquios darianos con Pelayo, por aquellos mencionados en la autobiografía del poeta, los mismos consignados en dos crónicas de sus años porteños: las notas en que Darío relata la escena primera, la escena primigenia del encuentro que hará luego posible la comunicación⁶, y la disputa, con “el alma de España”.

⁵ “He buscado, escribe Darío, en el horizonte español las cimas que dejara no hace mucho tiempo, en todas las manifestaciones del alma nacional: Cánovas muerto; Ruiz Zorrilla muerto; Castelar desilusionado y enfermo; Valera ciego; Campoamor mudo; Menéndez Pelayo... No está, por cierto, España para literaturas, amputada, doliente, vencida”. (Darío, 1987: 43)

⁶ En *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, 1912, escribe Rubén Darío sobre su segundo viaje a la península ibérica: “... *busqué por todas partes comunicarme con el alma de España*. Frecuenté a



El contacto inicial de Rubén Darío con Menéndez y Pelayo había sido durante su primer viaje a España. La escena aparece contada en “Menéndez y Pelayo” I, Buenos Aires 7 de febrero de 1896; y la misma recrea, con una devoción cargada, sin duda, de rasgos detectivescos y sexuales, el ambiente de trabajo intelectual de la habitación que por el año 1892 ocupara Pelayo en el Hotel de las Cuatro Estaciones de Madrid. Escribe Darío:

Y así fue *como me ví*, primero en una salita, en donde no había más muebles que un armario, una mesa, un canapé y varias sillas; sillas, canapé, mesa y armario llenos de libros, de revistas, de papeles de toda clase; cerca de publicaciones alemanas de fechas atrasadas, el paquete del último correo: un libro de Matéu Arnold, *sin desflorar todavía*; y pruebas, y más pruebas, y manuscritos, en los medios pliegos de papel florete en que Menéndez y Pelayo tiene costumbre de escribir; *luego en el dormitorio, en donde las alfombras, las sábanas, las almohadas, estaban manchadas de tinta*. ‘Porque mire usted, me decía mi cicerone: lo que es escribir, escribe. ¡Vaya si escribe! Y sobre todo por la mañana. Ya verá usted cuando vuelva de veranear. Por la mañana no recibe a nadie. ¡Ya verá usted! Sólo a un señor de anteojos, que suele venir y que se llama Valera’. (Darío, 1938: 84, las bastardillas son nuestras)

Darío “se ve” (no quiero despremiar este “verse” de Darío, me importa subrayar cómo el poeta marca su contorno, su figura en la escena) ante un cuadro atiborrado de papeles -de toda clase-; los libros y revistas abundan en un espacio donde parece que algo ha sucedido; y “eso” ocurrido es, precisamente, la escritura (y la lectura), de una manera tan voraz y violenta que, ante los ojos del cronista, aparece como o bien un crimen o bien una relación sexual. Las manchas de tinta indican la escritura. Ante el cuerpo ausente del sabio, la letra, el rastro de tinta ocupa el espacio. Se describe una habitación manchada de tinta, ocupada por la escritura: muebles, sillones, mesas, alfombras, camas, sábanas son invadidos por la letra. Es la habitación de la letra, el cuarto habitado por la letra, el cuarto manchado de tinta. Si bien el maestro es, en este inicio, invisible, ha dejado,

pintores y escultores. Asistí al entierro de Castelar, escribí sobre el periodismo español, sobre el teatro, sobre los académicos, entre los cuales tenía admiradores y abominadores; escribí de poetas y de políticos, recogí las últimas impresiones desilusionadas de Núñez de Arce. Traté al maestro Galdós, tan bueno y tan egregio; estudié la enseñanza, *renové mis coloquios con Menéndez y Pelayo*. (...) Di mis opiniones sobre la crítica, sobre la joven aristocracia, *sobre las relaciones iberoamericanas*, celebré a la mujer española y, sobre todo, ¡gracias sean dadas a Dios!, *esparcí entre la juventud los principios de libertad intelectual y personalismo artístico que habían sido la base de nuestra vida nueva en el pensamiento y el arte de escribir hispanoamericanos, y que causaron allá espanto y enojo entre los intransigentes. La juventud vibrante me siguió, y hoy muchos de aquellos jóvenes llevan los primeros nombres de la España literaria*. Imposible me sería aquí narrar todas mis peripecias y aventuras de esa época pasada en la coronada villa; ocuparían todo un volumen.” (Darío, 1950: 146,147)



indudablemente, sus huellas. En ausencia de Menéndez y Pelayo la mirada primera de Darío se torna clandestina, podría decirse, profana el recinto (puede recordarse: año 1896, año de las profanaciones, *Prosas profanas*), traspasa lo vedado, lo prohibido. El deseo de Darío lo mueve a profanar un espacio; el poeta debe hacerse de este personaje “aureolado” para iniciar el camino de apropiación de la cultura española, el cual redundará en la intervención cultural polémica de su palabra. Debe tomar, apropiarse, de la figura de uno de sus pilares intelectuales, de una de sus “cimas” para imaginar una política cultural nueva de la hispanidad desde donde disputar el sitio singular de lo hispanoamericano.

Repito, para no perder el hilo de lo que voy diciendo: se podría afirmar que para la construcción de la idea de una cultura común –la de la hispanidad-, le será necesario a Rubén Darío asimilar determinadas figuras y espacios de lo español. Y, que en ese movimiento de asimilación se observa la centralidad del homenaje a la figura de Menéndez y Pelayo. Movimiento ya evidente –tan evidente, explícito y renovador como el proyecto poético de *Prosas profanas*- en las crónicas de 1896 dedicadas al ilustre polígrafo, extendido luego en *España contemporánea* (cuyo colofón, además, puede situarse en el prólogo a *Cantos de vida y esperanza*, de 1905, y en los poemas que desde allí plantean una suerte de balance de los bienes culturales). El arribo a España significa, en este marco, entonces, la apropiación, la conquista desde el concepto de fraternidad, de ciertas figuras modelo.

Por esto, subrayo la importancia de volver –en este recorrido- a la escena primera, de observar el modo en que letra y tinta preanuncian el retrato de Menéndez y Pelayo, en que éstas ambientan la descripción del erudito con quien se entablará, y renovará, los fraternales “coloquios”. Letra y tinta preparan el retrato del humanista (así como el barco acercándose a Nueva York anuncia en *Los raros* la figura de Edgar Allan Poe); escribe Darío:

... cuando se apareció a mi vista sencillamente *afable en su gloria*, sonriente, casi campechano, *juvenil en su virilidad, fraternal en su superioridad*, con la conciencia segura de su propio *alto valer* y las más amables maneras de *buen gigante*. No olvidaré nunca su mirada vivaz y escrutadora, su gesto acentuador y definitivo, su conversar yendo y viniendo por el saloncito de labor, *su cabeza ya pensativamente inclinada, ya erguida en el orgullo de la cierta posesión de una idea*; su voz, contenida a veces por ciertas rápidas sacudidas nerviosas que son impedimento en él para los triunfos oratorios, pero de un timbre vibrante, que se hace oír en sucesivas metálicas clarinadas, hasta concluir en una sedosa blandura.”
(Darío, 1938: 86, las bastardillas son nuestras)



Robusto y sano, el retrato de Menéndez y Pelayo se define por las marcas del trabajo intelectual (nótese: la clásica figura del pensador, la cabeza inclinada, el cuerpo dispuesto al pensamiento), su fuerza es la de un aristócrata, la de un excelente. “Hay en Menéndez y Pelayo un aristócrata”, insiste Darío:

Por esto en él tiende toda idea a mantenerse en la altura de su azul, y su lenguaje es siempre blasonado, hasta en los asuntos más comunes que su pluma roza al pasar. Si algún *alto espíritu representativo* hay hoy, que junte a *los prestigios de la antigua alma española los fulgores de un futuro renacimiento*, en medio de las tribulaciones y pobreza que trabajan a nuestra madre patria, es Menéndez y Pelayo. Él no está encerrado entre las cuatro paredes de la vieja muralla feudal. Contempla lo que pasa a su alrededor, pero no cabe en la general limitación nacional; *sus alas le conducen por toda la tierra*, y al volver, procura *insuflar en el árbol antiguo vigorosa savia nueva*.” (Darío, 1938: 86, las bastardillas son nuestras).

La representativa figura de Pelayo ostenta el blasón de los aristócratas de la letra – de los trabajadores de la letra-, comparte con la que Darío da de sí aquella excelencia otorgada por el ideal, por el azul –excelencia dicha a través de metáforas que hablan de elevación-; de manera que a lo largo de las crónicas puede leerse cómo el poeta americano se sitúa a la medida de su homenajeado, proporciona la propia figura con la de Menéndez y Pelayo, para definir un ámbito de diálogo fraternal, aun si se trata éste de la fraternidad de un superior, de la “fraternal superioridad” expresada en las mismas. Es una de las figuras que le permite una vía de comunicación con, como expresa en su autobiografía, “el alma de España”. Vía determinada y formulada por la idea del coloquio: ya sea como conversación entre dos o más personas o como género de composición literaria en forma de diálogo, en el que se implica la defensa de una posición⁷.

Situarse en un plano de equivalencias le permite a Darío -en 1896-, luego de la escena primera, “conversar” para evaluar críticamente –para discutir- las deficiencias de la *Antología de poetas hispanoamericanos*, publicada por Menéndez y Pelayo a partir de 1892

⁷ Pienso en la relevancia en la obra de Rubén Darío de un poema central, eje, como “El coloquio de los centauros” de *Prosas profanas*, un poema en el que los centauros conversan sobre poesía. Momento central, fundante de ese poemario dedicado a Paul Groussac, con quien Darío mantiene coloquios y discusiones en torno a sus elecciones estéticas.

Tener en cuenta, entonces, la definición del término: coloquio. -Del lat. *colloquium*, de *collōqui*, conversar, conferenciar-. 1. m. Conversación entre dos o más personas. 2. m. Género de composición literaria, prosaica o poética, en forma de diálogo. 3. m. Reunión en que se convoca a un número limitado de personas para que debatan un problema, sin que necesariamente haya de recaer acuerdo. 4. m. Discusión que puede seguir a una disertación, sobre las cuestiones tratadas en ella.



(cuyo último volumen apareciera en 1895) -la “obra cumbre” del cuarto centenario del descubrimiento de América, encargada por la Real Academia -. Si luego en el posterior Homenaje de *España contemporánea*, Darío manifiesta un cortés lamento por la ausencia de representantes de la América española (“De sentir es que entre ellos no aparezca ningún representante de la América española.”, o también: “Siento que a una labor tan completa hayan faltado en absoluto noticias referentes a traducciones hispanoamericanas...”), en ocasión de la publicación de aquella Antología, el poeta reclama con fuerza, no sin un dejo de ironía, los errores de la misma. Establece un coloquio para discutir sobre la poesía representativa hispanoamericana.

Interlocutor del ilustre polígrafo significa ser, entonces, en este marco, su par crítico. Darío se construye como interlocutor de Menéndez y Pelayo, para discutir el lugar de la literatura hispanoamericana, para sostener la renovación de las letras cumplida fuera de España -una renovación impensable allí.

Si algo afirma para autorizar su palabra, es el conocimiento de la propia poesía, la de sus contemporáneos vivos, la poesía nueva; lo afirma por oposición al desconocimiento de Pelayo en ese campo. La incompreensión de la lírica “actual”, “el desconocimiento que de nuestro espíritu y vida hay en la Península, hace lamentar que no sea completa esta antología.”, escribe Darío (Darío, 1938: 88). No conocer constituye un grave error, el que ha imposibilitado un modelo crítico de excelencia para Hispanoamérica; y en esto puede leerse cómo la manifestada generosidad de Pelayo, deviene, cuando de la nueva poesía americana se trata, avaricia intelectual. (Nótese, además, el registro del lamento en boca de Darío, un registro que se repite de manera constante).

Como vemos, el poeta americano se detiene para discutir, con precisión, algunas de las restricciones del complejo sistema de exclusiones que animaba la Antología (según Pelayo no figurarían ni poetas vivos, ni épicos, ni los nacidos en España, ni fuera de América, etcétera.). Aun si el afán de registro de Menéndez y Pelayo, colocado en el sitio de juez, no cumpla siempre con las normas autoimpuestas, el silencio en torno a la obra de los poetas modernos se vuelve el punto más encendido de la discusión. Precisa Darío:

... es cabalmente entre los poetas vivos en donde se hubiera podido encontrar algo que llamase la atención de los europeos, y señalase el estado actual de nuestra lírica y el vuelo que puede seguir en lo futuro. La palabra de Menéndez y Pelayo habría también servido para colocar en su verdadero puesto a las inteligencias nuestras, y dar rumbo a la crítica; para demostrar la vanidad de la fama falsas, la oquedad de los ídolos fofos, la virtud de los



fueres luchadores, el valor de muchos desconocidos; para dejar, en fin, una base, *un firme cimient*o en que más tarde se construyese la historia de la letras americanas. (Darío, 1938: 88, las bastardillas son nuestras)

Ante las fallas de la historia de la literatura hispanoamericana de Pelayo, Darío se constituye como crítico (da un rumbo cierto a la crítica, le otorga el rumbo que falta), advierte la falta del eslabón de la letras americanas (de la lírica actual) que hace posible un futuro; pero aún más, toma el papel del historiador de la literatura para señalar el origen de una posición esencial en la independencia de la letras americanas: *el cosmopolitismo*. Ésta había sido la incomprensión esencial de Menéndez y Pelayo; en su Antología lo que parece negado es la apertura cosmopolita de las letras americanas (la actualidad de la lírica americana).

Tal la magnitud de la incomprensión del antólogo español.

Así, el mayor de los errores radica, según Darío, por ejemplo, en la desacertada evaluación de Sarmiento. El cuarto volumen, el que comienza con Chile y trata del segundo período de las letras chilenas, donde se considera al grupo de argentinos exiliados durante el gobierno de Rosas, focaliza esta cuestión. Me detendré también en ella, porque entre las “observaciones” que Darío realiza a la “Antología” me parece ésta la central, en tanto pone de relieve la cuestión del cosmopolitismo; y porque la misma señala un origen, el de una actitud americana, la de la insumisión, la de la rebeldía, la del desvío de la norma española, personificadas en Sarmiento.

Darío afirma que Menéndez y Pelayo presenta en ese marco a Andrés Bello como el “paladín de la gramática”, como “el apóstol del precepto” y que ante éste se alza el grupo de argentinos “con menos gramática pero con más vuelo y tendencias a lo nuevo, más animados por el espíritu de Francia que por los principios de la tradición española.” Frente al modelo de “sana influencia”, que para Pelayo, encarnaría Bello, Darío recupera la figura de Sarmiento. Recupera el “bien hecho por Sarmiento” a las nuevas generaciones americanas al enfrentarse a la Academia Española. Escribe:

El bellísimo, llevado a sus mayores extremos, sin un contrafuerte que le detuviera, hubiéranos dado una sucesión de obras secas y gramaticalmente intachables, pero sin una sola idea que señalase *un rumbo de progreso al espíritu de nuestra juventud*. Escribir las ideas de Sarmiento en la lengua de don Andrés Bello: he aquí lo que había de buscar la nueva generación. (Darío, 1938: 91, las bastardillas son nuestras)



Sarmiento define una posición cosmopolita, abierta a otras letras, eso es lo que Darío retoma con fuerza; el vuelo intelectual con que antes había presentado a la figura de Pelayo es luego volcado, recuperado, en la de Sarmiento; la posibilidad de alzarse por encima de lo español, la situación libre de la mirada, no sujeta a las normas de la Academia. La posibilidad de ser otros incluso en el ámbito de la misma lengua, el ser otros en lo intelectual incluso en el mismo cauce.

Cosmopolitismo significa para Darío apertura, actualidad -universalidad irrestricta; también, la noción de la poesía como arte sin fronteras, como sensibilidad plena del presente-; la actualidad de la lírica americana, una actualidad que en la “España contemporánea” sólo reconoce en Cataluña; una sensibilidad vuelta punto nodal en sus coloquios con Menéndez y Pelayo. Aun el sostenido homenaje a la figura del prolífico maestro -no exento del reclamo, ironía y apartamiento, que todo homenaje a una figura mayor contiene- éste evidencia una trama, un tramado estratégico (el conjunto construido desde 1896 a 1899), en el cual, de lo que se trata es de despejar la propia figura en el orden de la postulación de una nueva hispanidad, aquella incorporada *desde* la nueva poesía americana.

Coloquios renovados, sí, pero signados por un modo de negociación que no se atiene a concesiones munificas; bien lejos de éstas, los mismos se sostienen en una mirada que redime sin ocultar, las asimetrías y las discordancias, para trabajar sobre ellas la nueva alianza con España.

Así, del respeto que como menor (o modesto parnasiano, o como “irónico meteco”) rinde Rubén Darío a tan ilustre amigo, de la amistosa conversación sostenida (e imaginada) con el Maestro todavía joven que vivía en un hotel de Madrid, hasta la situación del igual que reclama el valor fundante de las peligrosas novedades de su verso, puede leerse la articulación de una posición que se alza para resaltar las diferencias y ordenar una nueva hispanidad.

Bibliografía

Colombi, Beatriz (2004). *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.

Ortega, Julio (2003). *Rubén Darío y la mirada mutua*, Barcelona, Ediciones Omega.



Darío, Rubén (1938). *Escritos inéditos, recogidos de periódicos de Buenos Aires y anotados por E. K. Mapes*, New York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos.

Darío, Rubén (1950). *Obras completas, Crítica y ensayo*, Madrid, Afrodísio Aguado.

Darío, Rubén (1987). *España contemporánea*, Barcelona, Editorial Lumen.

